AÑO II. MEXICO. TOMO II.

EL BOAZEO

IMPRESO FRANCMASON

OCTUBRE 28 1896. DIRECTOR, JOSE M. MEDINA. NUMERO 15.

MANUEL AGUAS.

Entre esas composiciones poéticas, que comunmente se llaman los salmos de David, hay una que respira dolor y tristeza: que patentiza fervorosos sentimientos religiosos, fundados en la magistral idea de la confianza en Dios; que está impregnada del delicado perfume del patriotismo; y que contiene interesantes reminiscencias, respecto de los episodios históricos de los hebreos: es el salmo setenta y cuatro, que á no dudarlo, se relaciona muy bien con la nefasta época de la cautividad de Babilonia.

El autor exhala una queja lastimera, por el mal hecho en el Templo de Jerusalen, á causa de enemigos enfurecidos, que destrozaban con hachas y con martillos, las preciosas entalladuras que le servían de ornato, ejecutadas bajo la dirección del insigne artífice que envío el Rey de Tiro á Salomón; enemigos que apelaron además al incendio como arma de combate y medio de destrucción; y que plantaron sus estandartes en señal de triunfo, entre las grietas del monte Sión.

Ante semejante catástrofe, que acredita la debilidad del pueblo reputado como pueblo de Dios, nada tan oportuno como recordar la omnipotencia divina, reconociéndola, según las tradiciones hebraicas, en el portentoso paso del Mar Rojo, cuando fueron quebrantadas y magulladas las cabezas de las Ballenas, al hundirse los pesados carros del ejército de Faraón; en la Roca de Horeb, que brotó aguas cristalinas para calmar la sed devoradora, que es el martirio del Desierto; en la creación del Sol y la Luna; en las estaciones del año; y en un sinnúmero de prodigios que sería prolijo relatar.

Pero, en donde más hermoso nos parece el salmo que estamos considerando, es donde se levanta la plegaria con los acentos de la ternura, donde se hace con humildad una verdadera oración, diciendo: "No entregues á las fieras el alma de tu tórtola," que es lo mismo que decir, observando el paralelismo hebraico, interpretado por el mismo compositor: "No olvides para siempre la congregación de tus afligidos:" súplica sublime, llena de fe y esperanza y que no era más que el grito de un pueblo oprimido en favor de su libertad y el culto de Dios.

Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo; cuando este acontecimiento fué saludado con un aleluya enteramente bíblico, por los marineros de *La Pinta*, florecía en España la Orden de los Frailes Menores, á la cual perteneció el cardenal Cisneros, que como es bien sabido fué el consejero de Isabel la Católica; y seguramente bajo su influjo vino la primera misión religiosa, que tuvo por albergue en nuestra patria, el convento más antiguo, cuna de nuestra civilización cristiana, edificado con el trabaje de nuestros compatriotas los indígenas, en un sitio donde Moctezuma tuvo un jardín zoológico, para conservar los animales más fieros y más hermosos, cautivados en nuestros valles, bosques y montañas. Allí, en el convento de San Francisco, se erigió la primera Parroquia, y por lo mismo se puso, digamoslo así, la primera piedra de ese edificio eclesiástico, que hoy se llama Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y que cuenta entre sus adeptos todavía á la mayoría de los trece millones de habitantes que forman nuestra nación.

A estas circunstancias se debe el establecimiento del catolicismo, que en su régimen disciplinario estuvo por mucho tiempo bajo el patronato de España, hasta que, por las reformas politicas, que hemos adoptado, quedó separada la Iglesia del Estado; y en el trascurso de esa evolución,

se distinguió siempre y se distingue aún el convento de San Francisco, que fué demolido en parte el año de 1856, ofreciendo entonces el espectáculo deforme y triste de algunas ruinas.

El viajero que visite hoy México y que se digne hojear las páginas de nuestra historia, podrá apenas formarse una idea ligera de la importancia de ese centro religioso, que contenía once capillas con sesenta y cuatro altares, ocho órganos, multitud de pinturas, esculturas y adornos de gran valía; y también no podrá menos que reconocer el mérito de haber sido en tiempo reciente, el asilo de la histórica Iglesia de Jesús, institución reformista, con tendencias á calcarse en el modelo de la Iglesia primitiva.

Durante algunos años, y por medio de un Pacto ratificado el año de 1876, la dicha Iglesia de Jesús consiguió un protectorado que le permitió desarrollar sus trabajos y ejercer tal influencia, que es imposible desconocer sus huellas, donde quiera que se presente hoy algún movimiento de restauración cristiana. La base fundamental fué la unidad de la fe apostólica, simbolizada en Nicea y Constantinopla, y la independencia eclesiástica en jurisdicción, excepto en lo concerniente á la trasmisión del episcopado, pues para el efecto se estipuló una Junta Administrativa, formada de siete representantes de la Iglesia Americana, una de las partes contratantes, y de un obispo ú obispos electos de la Iglesia Mexicana.

Por razones que no son del caso referir, solamente se consiguió la consagración del Obispo Riley, por el cual han surgido varias dificultades, que aun considerándolas gravísimas, no relevan de sus compromisos á la Iglesia Americana, que dejando su carácter maternal, ha dado indebidamente demasiada importancia á una sola personalidad, y que está sosteniendo aquí con perfidia una misión formada con la confesión expresa de ineptitud y con la solicitud de una jurisdicción extranjera por tiempo indefinido, hecha por un grupo que oculta su ignominia de traición, bajo el título de "Cuerpo Eclesiástico."

La situación actual de la Iglesia de Jesús es sumamente angustiosa. Es víctima de los ataques insidiosos del sectarismo. Ha sufrido las penas que producen las contiendas intestinas, y necesita que álguien la consuele á la manera del salmo que hemos recordado.

La misión episcopal en México, por medio del ritualismo que la caracteriza, ha venido á confirmar las corruptelas del romanismo, dando armas con su ejemplo contra los evangélicos mexicanos, que de antaño previeron estas emergencias y quisieron evitarlas, renunciando á los Libros Apócrifos y pactando la formación de una Liturgia idónea para su obra, que debe reducirse á propagar las doctrinas de Jesucristo con la sencillez de los primeros siglos.

No obstante, la Iglesia de Jesús continúa el rumbo marcado en el Pacto de 1876, hasta el día de hoy, siendo por lo mismo digna de respeto y simpatía; pero entiéndase bien, hablamos de una institución humana y no divina; hablamos de sus principios y sus doctrinas; y bajo este aspecto, es todavía una tórtola ó asociación de afligidos; y si en la obra de desplumarla se sigue con inusitado empeño, nos queda el recurso de consolarla y animarla, en el *Vía-crucis* de su independencia.

Perdonadnos todas estas rápidas reminiscencias que hemos necesitado hacer para arrojar como un relámpago, entre nubes sombrías, el nombre ilustre de Manuel Aguas, el célebre dominico, el más osado de nuestros reformadores, valiente y leal como Lutero en la Dieta de Worms y que no contemporizó ni transigió con la Iglesia Romana. Sed un poco m s benévolos y dispensadnos más vuestra atención.

En la primavera de 1871, apareció en las columnas de *El Monitor Republicano*, la carta que Manuel Aguas dirigió al Provincial de los dominicos, explicando su conducta al abrazar el protestantismo, y anunciando así al mundo la emancipación religiosa de su alma, libre ya del yugo ignominioso de la Iglesia Romana. Este acto viril fué un grito de alarma, que despertó muchas conciencias aletargadas y produjo un incremento notable en las congregaciones evangélicas diseminadas en varios puntos de la República, pero principalmente en las de esta capital.

Hacía tiempo que por efecto de esas evoluciones que determina la ley ineludible del progreso, y que podemos acreditar históricamente ante el criterio más riguroso, se venía trabajando con más ó menos éxito, por nuestra reforma religiosa; y uno

de los excelentes resultados de esa propaganda, fué sin duda *la plena apostasía del padre Aguas*, como oficialmente se calificó y todavía se susurra entre los católicos.

No era como esos eclesiásticos, que á pesar de estar intimamente convencidos de las supercherías de su Iglesia, no se sienten con ánimo suficiente para quemar sus naves, y por el contrario, revelan su pusilanimidad moral, pues queriendo prevenir los rigores de las penas eclesiásticas, no obstante que ya no hay hogueras inquisitoriales, cuidan mucho de mostrarse sumisos haciendo protestas de catolicismo.

Era todo lo contrario, era un reformador íntegro. Comenzó por donde debía comenzar, esto es, separándose completamente de esa institución idólatra, donde se rinde culto á la impostura, bajo la advocación de Guadalupe. Despreciando con energía el rayo de la excomunión, asumió sin inmutarse el carácter de acusador, por medio de sus célebres cartelones del Jueves Santo, que en vano se pretendió refutar.

En la primera domínica de Julio de aquél mismo año, el antiguo convento de San José de Gracia, presentaba un espectáculo singular, digno de ser registrado por las más hábiles plumas en las páginas de nuestra historia. Estaba literalmente lleno, y más que lleno, pues el pueblo había invadido por una parte el presbiterio, y por otra el coro, aprovechándose de una escalera de madera que se encontró accidentalmente. El edificio estaba transformado: en vez de altares y las decoraciones propias de los templos católicos, sólo se veía en las paredes un orna o sencillo de estilo pompeyano; y además unos atriles para sostener la Biblia, el púlpito y dos plataformas guarnecidas de merino solferino, á guisa de palestra para los combatientes, que habían estipulado previamente, sustentar allí una controversia religiosa sobre el fecundo tema de la idolatría en la Iglesia Romana.

Trascurre el tiempo, llega la hora de la lucha, el concurso se agita con extrema inquietud, frecuentes miradas se dirigen á la puerta de entrada, y solamente se ven aparecer con suma dificultad á los ministros evangélicos Manuel Aguas y Agustín Palacios, excomulgado también, que acababa de separarse de Roma. El Doctor Javier Aguilar y Bustamante, que debía estar allí como campeón del catolicismo, no comparece; se le espera prudentemente; y luego resuenan los himnos evangélicos; se oye orar al apóstata, con tal fervor y ternura, que no es fácil imitarlos: se pone en pié, recuerda la Ley de Dios y habla; pero habla hasta agotarse la voz en su garganta, describiendo con notable presición histórica lo ocurrido con Lutero en la Dieta de Worms, y fulminando terribles cargos contra la Iglesia Romana, recogidos fielmente por el estenógrafo Teófilo Armenta. Agustín Palacios le sustituye con éxito, y recordando los argumentos de Isaías, el profeta evangélico, como le llaman los teólogos, confirma las profundas impresiones que había causado su predecesor, y mediante algunas fórmulas más de que no queremos ocuparnos ahora, concluyó aquel acontecimiento de gran significación, á pesar de no haberse verificado en Europa, sobre las riberas del Rin, ante el Emperador Carlos V y la flor y nata de una Asamblea de los Estados Alemanes.

Bastaba esto para que Manuel Aguas no se detuviese en su impertérrita carrera. Las bóvedas de ese convento fueron heridas varias veces con el eco de sus predicaciones; ilustró con su especial talento las cuestiones más trascendentales de controversia religiosa, infundiendo la piedad de su corazón, y revelando su amor acendrado á Jesús de Nazaret, el más distinguido de los esenios, el inmortal fundador del cristianismo

Allí, como más tarde, en la antigua capilla de Balvanera del convento de San Francisco, tuvo la satisfacción de ver sublimado hasta el entusiasmo, el sentimiento religioso de sus hermanos, y como quien dice, ver floreciente á la Iglesia de Jesús, á la histórica Iglesia de Jesús, institución que á pesar de las amarguras que en su seno tuvimos, por causas relativas á la llamada Revolución de Agosto, nos arrancó una súplica del corazón, en pro de su conservación é independencia, antes de arrojarnos para siempre en los brazos del racionalismo moderno, y á la propaganda respectiva, bajo los auspicios de la absoluta libertad del pensamiento.

En la misma fecha en que murió Juárez, en el mismo día y casi á la misma hora en que murió Jesucristo, esto es, el día diez y ocho de Octubre de 1872, á las tres y minutos de la tarde exhaló su último aliento Manuel Aguas, sin haberse retractado,

fuera de esa Iglesia que consideraba como á la ramera del Apocalipsis. Su cadáver de aspecto alabastrino, expuesto á la espectación pública en la citada capilla, yacía en un modesto catafalco cubierto con un paño blanco y adornado de flores. Allí fué acompañado por sus correligionarios, hasta el día de su inhumación, que fué el veinte, y que se efectuó en el panteón de los americanos, donde todavía reposan sus restos, donde fueron solemnemente recibidos por el Delegado Luis Canal, donde se les dió el último adios, por medio de los elocuentes discursos de los Sres. Agreda y Forcada y de una composición poética de la Sra. Laureana Wright de Kleihans, recitada por el Sr. Celis. La tórtola se quedó de luto y después de haber perdido su nido, ha huido á Tacubaya, y allí gime, perdiéndose sus ayes lastimeros en el Valle de México.

A nombre de los intereses sagrados de la tolerancia religiosa, afianzada con garras de león, por nuestras instituciones republicanas; á nombre del justo reconocimiento que los libres pensadores deben á los hombres ilustres de la humanidad; á nombre de la causa de la civilización que ha condenado el *Syllabus* de la Iglesia Romana; á nombre del pueblo que vive sumergido en el fanatismo y la superstición, que es nuestro pueblo, y cuyo porvenir nos interesa, os exhortamos á que no veáis con indiferencia el problema de nuestra reforma religiosa, que es nuestra tórtola y no queremos entregar á las fieras.

La Biblia, base común del protestantismo y catolicismo, pasa hoy por una crísis singular. Ha servido para la reforma protestante del siglo XVI, pero á su vez, ese libro en su estado actual, reclama á grito abierto su propia reforma. El siglo XIX, que es por autonomasia el siglo de las luces, por medio de la crítica moderna, responde ya á ese grito con la debida solicitud y cortesía: presagia el advenimiento de una nueva Iglesia, sin más Dios que Dios, sin más culto que el de la verdad y sin más autoridad que la de la conciencia.

Manuel Aguas, despreciando la religión del hombre y del sacerdote, buscó la religión de Dios, que llamaba la religión de la Biblia. Nuestros reformadores nos han dejado en sus escritos, pruebas evidentes de sus tendencias racionalistas; entre los actuales, se acentúan más los ejemplos, y entre los futuros algunos brillarán como estrellas de primera magnitud.

Tenemos fe profunda en los progresos de la verdad religiosa. No nos fascina esa reacción católica de tinte guadalupano, que produce nada más hombres como Terrazas y el que fuera obispo de Tamaulipas. A dos cosas se reduce el problema religioso en la República: ó se sacrifica el interés individual ó se sacrifica la verdad religiosa. Ser católico ó ser protestante, puede ser un asunto de conciencia ó un asunto financiero. Para Manuel Aguas la cuestión fué sacrificio individual. Acababa de espirar su tierna madre, con cuya muerte quedaba completamente huérfano, cuando se resolvió á romper las cadenas que le ataban. Hizo inmediatamente el sacrificio de su posición eclesiástica, á propósito para medrar; entregó su nombre á la furia del fanatismo, cuya lengua viperina acobarda á muchos hombres, no obstante que su Provincial le dijo que era un deshonor ser protestante; predicaba diariamente; y se consumía en el estudio bíblico, para esgrimir con destreza la espada de dos filos, de que habla el Apocalipsis. Sufrió la oposición de sus correligionarios, por diversas cuestiones eclesiásticas, y ya en su lecho de muerte, supo la invasión de una de esas sectas, de donde jamás surgirá una iglesia nacional: en pocas palabras era un *cristiano macizo*, como le llamaba un luterano amigo suyo y de la obra á que estaba consagrado.

Un cuarto de siglo ha trascurrido y la experiencia adquirida no debe ser estéril; por lo menos, no debe ser ingrata; y debe entregarse á los más gratos recuerdos. Creemos que se ha hecho bien con promover esta conmemoración. Nada son los ramos de flores sobre la tumba humilde de nuestro digno compatriota. Lo que vale algo es nuestro cariño, y lo que vale más, son nuestros votos porque nuestros reformadores se eleven á la altura de Strauss y de Renán. Los caldeos han plantado sus estandartes en el nido de la tórtola. A Dios le pedimos que salve la Reforma. Dios enseñará al pueblo mexicano quiénes son los predestinados para descatolizarle: mientras, luchemos.

México, Octubre 18 de 1896.

JESUS MEDINA.

TIP. Literaria, Betlemitas 8.